

# Hacia el cristiano-marxismo

E.  
MIRET  
MAGDA  
LENA

**E**STAMOS asistiendo en España a un fenómeno increíble hace bien pocos años: la confluencia, en creciente número de ciudadanos, entre cristianismo y marxismo.

Lo que durante cuarenta años se ha presentado en el país como el peor "contubernio", es hoy un tema que está sobre el tapete, y cada vez produce menos alergia a muchos españoles. Y no sólo está presente en forma intelectual, sino que se manifiesta en hechos bien concretos. Por lo menos media docena de partidos de la oposición tienen en su seno a cristianos católicos que aceptan el marxismo como método de análisis de los fenómenos sociales y como meta de nuestra sociedad. El PSOE (el histórico y el renovado), el PSP, la Federación de Partidos Socialistas, el PC, la ORT... son algunos de los que mantienen esta situación de hecho. Y el PC, entre otros, acepta a cristianos no sólo entre sus militantes, sino entre sus propios dirigentes a nivel nacional o regional; y no ven estos católicos ningún inconveniente ideológico insalvable para su militancia activa y responsable.

Nuestros obispos, y una gran parte de la masa católica, están, sin embargo, reticentes; y algunos de la ultraderecha se rasgan las vestiduras por que esto ocurra. Pero el proceso está en marcha y no se ve que nadie pueda pararlo.

La Iglesia, como conjunto de creyentes, ha cambiado mucho. La Iglesia, como jerarquía, ha cambiado menos; pero, sin embargo, también se ha producido un cambio, y es preciso darse cuenta de él con la mayor objetividad.

En el siglo pasado los Papas se asustaron de la escalada socialista que independizaba al mundo obrero de la esclavización en que el capitalismo de entonces le tenía. Pero ni el silencio ni la resignación, ni el ensayo de paternalismo que algunos pensadores católicos más avanzados intentaron en el pasado siglo sirvieron para nada.

Se oyeron hace cien años las voces casi histéricas de algunos Papas que no sabían cómo parar esta avalancha que se les venía encima. Pío IX hablaba con indignada voz de "perniciosas invenciones", cuando se refería al socialismo y al comunismo, y con reacción infantil decía que tenían "nombres casi bárbaros".

El Papa León XIII les llamaba "monstruos horrendos" y los consideraba como "vergüenza de la sociedad". Y el Concilio Vaticano I, antes de finalizar el siglo, "no tiene ninguna palabra de aliento para la clase obrera perjudicada", como señalaba un Padre del Concilio Vaticano II casi un siglo más tarde. Creyó aquel Concilio

decimonónico que podía olvidar el problema real de los obreros de entonces, y por eso sólo se ocupó de suministrarles el dogma de la infalibilidad pontificia, como si esta definición eclesialística pudiera alegrarles, haciéndoles olvidar su real miseria.

El panorama cambia con Pío XI. A pesar de sus admoniciones condenatorias contra el comunismo, distingue entre socialismo pacífico y socialismo violento, y llega a reconocer —aunque sea en forma paternalista— que las reivindicaciones de aquél "se acercan muchas veces a las de quienes desean reformar la sociedad conforme a los principios cristianos". Y se atreve a afirmar en 1931 algo que es poco recordado: el fondo humano de la "lucha de clases", siempre que esta lucha "renuncie a los actos hostiles de odio mutuo", y que "se transforme poco a poco en una legítima discusión de intereses, fundada en la búsqueda de la justicia".

El paso dado por este Papa es importante respecto a sus predecesores que sólo ven en el socialismo y el comunismo al enemigo integral. Y es importante esto a pesar de que, desde el punto de vista religioso, no admita este Papa la reconciliación con el comunismo.

La situación todavía mejora más en tiempo de Pío XII, a pesar de ser el momento en que el Santo Oficio excomulga a los actólicos comunizantes. Pero lo hace con frase sutil sólo a quienes "profesan la doctrina del comunismo materialista y anticristiano". Los demás, por exclusión, no quedan excomulgados, y hoy están libre de ella todos aquellos católicos que militan en partidos de inspiración marxista que no pretenden ya esa postura anticristiana. Es este el Papa que pide la colaboración de "todos los hombres de buena voluntad" en el año 1939 para construir un mundo más justo. Y en 1944 solicita que los hombres "se dediquen a echar un puente espiritual que una a todos los pueblos". Lo cual hace que ateos y creyentes puedan laborar juntos por un mundo mejor.

Es el momento de la "mano tendida" por el comunismo a los cristianos en Francia y en Italia. Es cuando surgen los "cristianos progresistas", y abre los brazos Togliatti para acoger en el seno de su partido a los católicos italianos sin reticencia alguna. Las conversaciones entre cristianos y ateos marxistas, organizadas por el *Paulus-Gesellschaft* en 1965, tienen un valor decisivo para el futuro no sólo pragmático, sino intelectual. Pensadores cristianos y ateos preparan el camino que conduce al cristiano-marxismo de hoy.

Y Juan XXIII da un gran paso al distinguir, con total claridad, entre "movimientos históricos de finalidad económica, social, cultural o política" y "las falsas teorías sobre la naturaleza, origen y finalidad del mundo y del hombre". Se atreve a proclamar públicamente en su encíclica "Paz en la Tierra", que se puede reconocer en aquellos movimientos "elementos positivos y dignos de aprobación", lo que permitirá a los católicos, en casos concretos, la colaboración con estos movimientos.

El "diálogo" lo abre oficialmente el cardenal Koenig, en nombre de la Santa Sede. Y así se llega a nuevas conclusiones en el campo católico: 1) La Iglesia debe ser neutral, porque "la Iglesia no tiene que juzgar al comunismo en el plano social" (monseñor Coupel), y 2) El "Estado es neutral", como acaba de proponer el arzobispo Colombo, ya que no debe existir Estado confesional alguno, ni religioso ni ateo, porque ninguna cultura ni religiosa ni irreligiosa debe ser impuesta por el Estado. Así ni la Iglesia se podía oponer a un sistema social comunista, ni el Estado comunista podría oponerse a la libre creencia.

Aunque la frase no sea feliz, se está llegando a lo que proponía hace unos años el padre Brockmüller, S. J.: "bautizar el comunismo". No que se trate ahora de clericalizar al comunismo —eso sería nefasto—, sino de no encontrar ya en él nada que sustancialmente impida al católico la participación en sus actividades.

Hay problemas todavía existentes, pero cada vez se descubre mejor su inconsistencia. El ateísmo de Marx fue preferentemente sociológico, y hoy compartimos sus críticas muchos cristianos; el materialismo histórico no es un determinismo mecanicista que excluya la libertad; la filosofía de la praxis concuerda perfectamente con la teología de la liberación; y el materialismo dialéctico es mucho menos materialista de lo que resulta la filosofía occidental que sirve de apoyo al capitalismo y que tan tolerado fue por la Iglesia.

Por eso no es extraño que los Partidos Comunistas presenten candidatos católicos a las elecciones, bien sean militantes suyos o simples simpatizantes, como ha ocurrido en Italia y podría ocurrir también en España.